

sajado (1); Argentina donde hace años llegara mozo, flaco de todo como no fuera de talento y voluntad. Machado lo ha expresado en verso, cincelandó su elogio:

El cronista
de dos mundos, bajo el sol,
el duro pan se ganaba
y de noche fabricaba
su magnífico español.

Pero oíd esto, que es cosa buena. Un día todos leyeron en *La Nación* una ardiente réplica de desconocido escritor a cierta apacible charla en que Miguel Cané, días antes, en aquel mismo diario, añorase el criado antiguo, criollo manso, servicial y fiel, reemplazado por doquier—plañíase el articulista—por un nuevo tipo de sirviente, de ojos duros y casi insolente figura. La ardiente réplica del desconocido encomiaba, con preciosa energía, la virtud dignificadora de la Argentina, que pronto al que llega fámulo le endurece los ojos, le yergue la cabeza y le endereza la espalda. Firmado: Francisco Grandmontagne.

El cual Francisco Grandmontagne, flaco de todo como no fuera de talento y voluntad, vivía frente a la desaparecida plaza Lorea (de vuelta de Río Negro, adonde había andado de pastor) en una infeliz casucha, entre cuyas buhardillas alquilaba un chirivital, amueblado de un pobre catre de tijera, de una desnuda mesa y de una mal despatarrada silla: que fué donde, en cama aún, tocóle recibir, maravillado, la visita del elegantísimo Miguel Cané—jese era un gran señor argentino!—que iba a felicitarlo y a darle cálidamente la razón. Y por ahí empezó a saberse quién era Grandmontagne, y él a comprender a su vez entre qué alta gente vivía.

Después hizo de todo: novelas y crónicas, y *La Prensa*, designándolo su colaborador en Europa, extendió vastamente la autoridad de su nombre. Si quisiéramos, resumiendo el carácter de tantas actividades como fueron y son las suyas, servirnos de una sola palabra, le llamaríamos certeramente el promotor. El pasa por la vida suscitando cosas, sembrando ideales, señalando rumbos. Llego a creer que se trajo de la Argentina un gran modelo que seguir: Sarmiento. Se le parece, de seguro, en ese afán de aportación, de consejo, de auxilio, de que vive lleno. Su información, a este respecto, es siempre de primera mano y en cada caso, concreta. Es un admirable captador de buenas nuevas, El fué quien, antes que nadie, habló de Enrique George, en Buenos Aires. Algunos quisieran que en tal ocasión se cristalizara en apóstol. Imposible: Grandmontagne es un suscitador y ya es mucho. La vida le solicita de mil maneras y él no cesa de darse. A cada uno su misión y a cada misión su mérito.

3

Ramiro de Maeztu, tan distinto de Grandmontagne, tiene en sus juveniles cincuenta y tantos años, un fresco aire de zagal de la montaña. Se le podría

llamar el caminante, si no estuviera mejor, por lo mucho de vehemente religioso que hay en él, llamarlo el peregrino. Pero ¡qué paradoja! Viveza de la mirada, inquietud del ceño, tensión del rostro, gimnástica disposición del continente, reclaman para su fuerza y su deseo clava y honda. Hijo de vasco y de inglesa, ha vivido veinte años en Inglaterra, y habla cotidianamente el inglés, con su compañera, una plácida londinense. Ahora veranea en la villa de Hendaya, apenas se pasa la frontera. Con el otoño, se va a Madrid. •

Es hombre cultísimo. En la Universidad de Valencia, no ha mucho, habló sabiamente del derecho considerado como función social. En Inglaterra ha predicado esto mismo con aplauso y eficacia. Su libro *La Crisis del Humanismo*, tan destacado, fué su profesión de fe.

Otro dato. Ha pasado la guerra en el frente británico, sirviendo a *La Prensa*. Bueno. Para él la gran guerra no pudo ser una de tantas peripecias de la historia. Espíritu místico, afiebrado de urgentes anhelos, no supo ver sin profunda conmoción las siegas de las batallas. ¿Qué se hizo aquella juventud de gigantes ingleses de 1915? ¿Qué las falanges de muchachos garridos que Francia alineó frente al Marne? El los vió sepultarse en la nada, bajo el cañón. De día en día, los vió reemplazar por un soldado de menor estatura, y en las postrimerías de la tragedia, vió niños, fusil al hombro. De todo esto, una cosa es verdad: que también columbró señales, y que allí concibió si no el culto de la violencia, la fe en el rigor. Si hubiera andado por Buenos Aires, como Grandmontagne, creería en cambio, como éste cree, únicamente en la fuerza de las cosas, ya obedidas, ya gobernadas, con alerta inteligencia.

Ambos tienen puesto en España el deseo. Grandmontagne no ceja en su reiterada lección de cosas, diciendo cuál es el Norte, de qué lado cae el Sur, cómo se forma una industria, de qué modo se engrandece un comercio, con qué vibra una ciudad. De Maeztu, por su parte, remontado a las ideas puras, muestra visiones de lo que será. España, según su convicción, debe ser el puente entre Europa y África, el camino enlazador de Occidente y Oriente. Los niños españoles, para que el prodigio se torne posible a breve plazo, han de ir sabiendo latín y griego, hebreo y árabe. Serán así mañana los realizadores de una armonía suprema, y servirán de esa suerte al verdadero destino de España, grandioso como otro ninguno. Por eso Marruecos no se puede abandonar ni ahora ni nunca.

Se le embravece la mirada, se le endurece la fisonomía, le tiembla extrañamente la voz. Nos daría un poco de miedo si no sonriera ya, imaginando su ideal conseguido, con una sonrisa de zagal... de zagal de la Biblia.

Grandmontagne no lo escucha. Se limita, frente a la ría del Urumea, a pensar concretamente en algún inmediato y claramente asequible bien.

Y caminamos los tres, muy de amigos, a la orilla del Cantábrico, en una tarde maravillosa.

ARTURO CAPDEVILA

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

(1) La reseña de este homenaje puede verse en el N° 6 del tomo III del REPERTORIO AMERICANO.